

VALENTÍN ANDRÉS ÁLVAREZ, O CÓMO CONVERTIRSE EN UN GRAN MAESTRO DE LA ECONOMÍA*

Juan Velarde Fuertes

*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Tribunal de Cuentas*

Voy a enfrentarme con el reto de tratar de explicar cómo fue posible que Valentín Andrés Álvarez se convirtiese en un gran maestro de la Economía.

En primer lugar, creo que al indagar la vocación futura y la evolución de esta insigne personalidad nos encontramos con un bachillerato espléndido muy bien estudiado. Recordemos sus excelentes calificaciones en Latín, en Música, en Matemáticas, en Historia y en Literatura. Realmente era un excelente estudiante que a continuación saltaría a la Universidad. Ya en el Instituto había pasado a encontrarse con algunos maestros importantes, lo que se ampliará en las aulas universitarias. Basta citar los nombres de Rogelio Masip o de Demetrio Espurz. Inmediatamente, en la Universidad de Oviedo estos maestros lo van a ir impulsando definitivamente hacia el mundo de la Ciencia y de sus exigencias. Con estas bases se marcha a Madrid a licenciarse en Farmacia. El estudio de Farmacia, como le pasa al de la Economía, no deja de ser una especie de Ciencia derivada de otras grandes ciencias que se encuentran detrás. Por eso se encontró con que cursar aquella carrera le resultaba muy fácil, porque tenía una enseñanza media muy bien estudiada y un buen paso preparatorio por la Universidad de Oviedo. Por eso pudo, en el curso de 1907 a 1908, en vez de estudiar simplemente Farmacia, comprender rápida-

(*) Este artículo contiene una reelaboración de la intervención que desarrollé en Grado, el 27 de septiembre de 2007, en las *Jornadas de homenaje a D. Valentín Andrés Álvarez*.

mente que podía dedicarse de modo simultáneo a los de la Facultad de Ciencias. Y a ella se dirigió. Era un momento de conmoción en estos estudios porque, por una parte, había nacido una revolución en el mundo de las matemáticas, que llega a España impulsada por gentes como Rey Pastor, en pugna crítica con viejos maestros, como el catedrático de Geometría Analítica, Ángel Vegas. Se pasan a plantear los problemas de otra manera y se eliminan muchos viejos maestros, al considerar que estaban científicamente obsoletos. Valentín Andrés Álvarez pertenece a un grupo de alumnos que siguen apasionadamente esos cambios en el mundo de las matemáticas. Por otra parte, está estudiando seriamente cuestiones de Física. Siempre ponderará el haber sido uno de los últimos alumnos de los cursos de doctorado de Echegaray relacionados con esta materia. Dejemos a un lado que en esto se planteaba una situación curiosa. Yo siempre, cuando se habla de este asunto de Echegaray y Valentín Andrés Álvarez, pienso que fue una especie de ocasión perdida para el joven alumno. Para explicarlo, me atrevo a exponer lo que me contaron sobre un suceso entrañable en La Rábida: un buen día llegan a visitar el Monasterio de La Rábida una serie de personalidades. El anfitrión era Juan Ramón Jiménez. Quienes estaban con él, dicen que para contemplar ciertos detalles les vendría bien tener unos prismáticos. Un fraile indica que seguro los pueden pedir prestados a un Ingeniero de Caminos, el Sr. Camprubí, que está allí, en una casilla de peones camineros cercana, pasando el verano con su hija. Cuando llegan los gemelos, los acompaña una invitación del Sr. Camprubí a Juan Ramón Jiménez, a quien no conocía, y a todos los visitantes, para que fuesen a esta vivienda a tomar el té. En ese momento, alguien mira el reloj y dice: "Es que hay que coger el tren para Madrid, discúlpenos, señor prior –dirigiéndose al del Monasterio– ante el Sr. Camprubí". No se vio entonces Juan Ramón Jiménez con Zenobia, en aquel momento una chica de catorce años, que acompañaba a su padre. Desapareció esa conexión del poeta y su musa que luego se produjo en Madrid. Era algo paralelo a lo que sucedía a Valentín Andrés Álvarez con Echegaray. Éste era un gran economista que participaba en la tertulia de *El Suizo*, quien además había dejado escrita la *Llegada del marginalismo a España* en los *Recuerdos* (Echegaray, 1917) que nos ha legado. Señala allí, por ejemplo, las polémicas violentísimas que, alrededor precisamente de esas cuestiones, tenían los Gabriel Rodríguez, los Manuel Becerra y otros miembros de la tertulia. En ocasiones los debates provocaban incluso desafíos a pistola detrás del Retiro, aunque luego se decidía que el reto se trasladase a la solución de un problema de Wronski. Seguro que entonces Valentín Andrés Álvarez ni sospechó, ni le importó, esta relación de la Economía con Echegaray. Sólo recibió de éste enseñanzas de Física, incluso con proyección hacia la astronomía. Repito: no hubo ninguna conexión con la economía, como cuando aquella vez Zenobia Camprubí no se encontró con Juan Ramón Jiménez.

En aquellos años, el futuro gran economista tenía un condiscípulo que se convertiría en uno de los grandes maestros de la Física: Duperier. Los dos estaban trabajando intensamente en estas cuestiones y piensan que, cuando terminen sus cursos académicos, se van a dedicar a la alta física y dentro de ésta a su conexión, a través de las matemáticas, con el mundo de la astronomía. Entra así Valentín Andrés Álvarez en el Laboratorio de

Investigaciones Físicas que había montado Blas Cabrera, vinculado a la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Por lo tanto, hay una vocación científica clarísima en él. Desea estudiar y analizar cuestiones relacionadas con la alta física, e intenta resolver problemas muy complicados relacionados con la astronomía estelar. Duperier va a acabar especializándose en rayos cósmicos. Como consecuencia de esto, su amigo decide trasladarse a París.

Pero al mismo tiempo tiene otra vinculación que le llega a través de su pariente Laureano Díaz Canseco, a su vez amigo del gran filósofo español y gran ensayista José Ortega y Gasset. Ortega había montado un Seminario de Metafísica y tenía un problema. En ese Seminario, en determinados momentos, daba cuenta de ciertos textos que estaban publicados en griego o en latín y convenía que, mientras él seguía explicando, alguien fuese capaz de aclarar al auditorio aquello que venía en griego o en latín. Le comenta Díaz Canseco a Ortega que él sabe de un chico, un asturiano, que está estudiando Ciencias, pero que conoce muy bien el griego y el latín como consecuencia de su sólida formación humanística complementaria a la del bachillerato. Ortega habla con él y lo incorpora a aquel seminario donde está con los Zubiri, los Zaragüeta, los García Morente, esto es, con una serie de personalidades que vienen fundamentalmente del mundo gineriano y del de la Iglesia Católica. Los dos, Ortega y Valentín Andrés Álvarez, están reunidos en ese seminario de Metafísica, y Ortega lo sienta a su lado. Valentín Andrés Álvarez siempre me decía con humor, con su humor asturiano, que: "...bueno, con subir una escalera –en el piso de abajo, en el Caserón de San Bernardo estaba la Facultad de Ciencias– yo pasaba de la Física a la Metafísica".

Allí enlaza con otro mundo totalmente diferente. Es el momento en que Ortega va a publicar el semanario *España* y más adelante la *Revista de Occidente*. Por otra parte son los años en que concluye la I Guerra Mundial. Y fue cuando Valentín Andrés Álvarez consigue una beca de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para trasladarse a París. Eso significa nada menos que entrar en contacto con el ambiente de la "generación perdida". También con el mundo intenso de los "ismos", que en aquel momento está a punto de estallar. Recuerdo que Valentín Andrés Álvarez me decía (nunca me lo enseñó): "Un día te tengo que mostrar mi nombramiento de Presidente de Dadá que me dio Tristan Tzara, el fundador del dadaísmo. Cuando alguien se acercaba a él y le invitaba a comer o a cualquier cosa, le hacía presidente de Dadá inmediatamente, porque andaba muy mal de dinero. Y yo, así, tengo el título de presidente de Dadá". Espero que quienes están ahora ordenando su archivo encuentren esto y lo enmarquen de alguna manera, porque esto muestra un Valentín Andrés Álvarez que está, casi diría que con avidez, mirando a todo su alrededor. Yo creo que una de las personas menos anestesiadas ante la vida ha sido precisamente Valentín Andrés Álvarez.

Y allí está en París, en pleno mundo, como acabo de indicar, de la "generación perdida" empezando, además, a vivir intensamente el de la literatura, de los ismos, lo que luego va a tener muchas consecuencias en él. Es además, un excelente matemático, que está estudiando Astronomía entre otras cosas. Por cierto la beca que se le había concedido no estaba

relacionada con la Astronomía. En el expediente de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se ve que la beca era para mejorar el cultivo de la manzana, analizando lo que ocurría en la zona de Bretaña, porque no había becas, ni a nadie se le ocurría que pudiera haberlas, para Astronomía. Creo que no pisó la zona de Bretaña, y si posteriormente se dedicó al cultivo de la manzana, eso nada tuvo que ver con su estancia parisina. Él se orientaba al estudio de la Astronomía.

Simultáneamente llega lo que yo he llamado alguna vez en algún trabajo sobre él, la iluminación (Velarde, 1980). Existe un momento en la vida de grandes hombres donde de pronto todo cambia. Es esa iluminación que podemos ver en San Pablo al caer del caballo y cambiar radicalmente. Iluminación que también tiene, cayéndose físicamente al suelo, Rousseau, cuando de pronto se da cuenta, yendo a ver su amigo Diderot, de que el salvaje es bueno y que la civilización está convirtiendo en malas a las personas. Cuenta Rousseau muy bien en las *Confesiones* cómo sucedió aquella conversión súbita, andando en el camino de París a Vincennes. De pronto en Valentín Andrés Álvarez se produce otra conversión. Surge porque, sentado él en la biblioteca de Santa Genoveva estudiando cuestiones de la Matemática empleada para la Astronomía, ve que hay un señor a su lado que está con un libro donde se contemplaban algunas funciones. Cuando el vecino se levanta, tiene un poco de curiosidad y se acerca a husmear qué libro de matemáticas es aquél y, asombrado ve –y aquí hay una polémica, aunque da igual–, que era, ya el *Cours d'Économie Politique* o el *Manuel d'Économie Politique* de Pareto. Creo que lo ha dilucidado el profesor Sánchez Hormigo (1991), pero, en realidad, tanto da lo uno como lo otro. Lo que sí es cierto es que era un libro de Pareto donde aplicaba a la economía las matemáticas. Al día siguiente pide él aquel libro del que ha anotado el título y el autor, que para él eran desconocidos. A partir de aquél momento se produjo la iluminación. Valentín Andrés Álvarez decide convertirse en economista. Esto es lo que le apasiona a partir de aquel momento y todo lo anterior va a servir precisamente para ayudarle a ser un buen economista. En esa conversión aparece una gran tentación, que pudo hacer que el converso se nos perdiese definitivamente y fuese camino del infierno después de haber empezado el sendero de la gloria. ¿Por qué estoy diciendo esto? Es que simultáneamente Valentín Andrés Álvarez había empezando a relacionarse, a través de esos enlaces con los ismos y con Ortega, con gentes del mundo de la literatura y con el ambiente en el que se movían los Hemingway y los John dos Passos. Vuelvo a señalar que era el mensaje que él, anímicamente, había recibido en París, en aquellos tiempos de la “generación perdida”. Lo cuenta maravillosamente bien en su novela *Sentimental dancing*. Es también el mundo de la Generación del 27 en España, la de Benjamín Jarnés, la que nos ha contado maravillosamente bien un miembro de ella, Guillermo de Torre, o en la que Max Aub lo ha colocado, en un escrito sobre una España imaginaria, como un personaje clave, concretamente, de la Real Academia Española. Aprovecho para señalar que no me explico cómo esto no se produjo en la realidad. Recuerdo que escribí un artículo en *Índice*, precisamente sobre esto, a partir del texto de Max Aub. Esta aportación es un análisis, por cierto muy bonito, expuesto en su falso discurso de ingreso en la Academia Española y donde quien

está ya sentado es Valentín Andrés Álvarez, que llega desde la Economía para mejorar el lenguaje, en este sentido, de los españoles y del resto de los hispanos. Esta opción de la literatura de la Generación del 27 va a conducirle al gran éxito que es *Tararí*.

Yo me he dedicado a leer la partitura entera y el texto completo de algo que, de pronto, se ha dicho que era un precedente de la obra de Valentín Andrés Álvarez. Quiero señalarlo como una pequeña prioridad. En esa zarzuela famosa, la primera grande de Barbieri, titulada *Jugar con fuego*, en su final, los que la hayan visto lo recordarán, tras la historia del Marqués de Caravaca y los locos y cuerdos que por allí pululan, aparece un fondo que repiten los cantantes, "tararí, tarará", continuamente, además, en medio de la música. Por lo tanto, yo sospecho que ese título *Tararí*, que yo no sabía por qué lo había puesto, porque en el texto la palabra tararí no sale, puede proceder de ahí. Ese texto de cuerdos que son locos, locos que son cuerdos, y que es la base de una de las mayores obras del teatro de humor del absurdo que haya existido, inaugurando esa serie que existió de los Mihura y, en el mundo, de Ionesco y demás, es el de Valentín Andrés Álvarez y su *Tararí*. Y cuento este precedente posible para que luego siga discutiéndose. Repito que en *Jugar con fuego* de Barbieri, en el libreto, los locos y los cuerdos lo que dicen es: "tararí, tararí, tarará, tarará, tarará".

Además del gran éxito de *Tararí*, Valentín Andrés Álvarez participa en la tertulia de Pombo. Yo recuerdo el momento en que Ramón Gómez de la Serna vuelve a Madrid después de la Guerra Civil. Aquella noche, los jóvenes queríamos verlo. Por eso se llenó hasta la bandera la Sagrada Cripta de Pombo en la calle Carretas de la Villa y Corte. Yo no era capaz, apelmazado entre la gente, de ver quién estaba alrededor de la mesa. De pronto oigo un grito de Ramón que dice: "¡Valentín, aquí estás!" y se dan un abrazo los dos. Con esto quiero indicar que Valentín Andrés Álvarez estaba muy vinculado con ese mundo especial de la literatura y pertenecía además a otra famosa tertulia, la del *Regina*, que en la clasificación de Valentín Andrés Álvarez de cerradas y abiertas era cerrada. A ella iba también Manuel Azaña. En ella Giménez Caballero exhibía aquel éxito suyo de *Yo, inspector de alcantarillas*. Estaba allí también el famoso escritor mexicano Francisco de Icaza, padre de Carmen de Icaza, la autora de bastantes títulos de novelas rosa. Valentín Andrés Álvarez en ese momento es un triunfador literario. En el periódico *La Voz* le piden artículos. Da la impresión de que se va a convertir en un gran literato español. Sin embargo, acude a Laureano Díaz Canseco y le dice que quiere que le presente a Flores de Lemus, amigo de Díaz Canseco, porque desea seguir trabajando en Economía.

Cuando le presentan a Flores de Lemus y entra en su grupo, abandona la tentación y a lo que se va a dedicar es a ser economista. Aquella iluminación que tuvo en la Biblioteca de Santa Genoveva va a ser lo esencial en su futuro. Los estudios de economía que emprende con Flores de Lemus van a tener dos aspectos. En primer lugar, para progresar en Economía, para estudiar Economía, ha de tener una base universitaria nueva, porque si al final se plantea alcanzar una cátedra, ésta tendría que ser en la Facultad de Derecho. Por lo tanto, tiene que hacerse licenciado en Dere-

cho. Después de todos los estudios variadísimos que tiene Valentín Andrés Álvarez, he aquí que debe dedicarse forzosamente a los estudios jurídicos. Inicia la carrera en el año 1922 y la termina en 1924, en la Universidad de Oviedo, aunque la Economía y la Hacienda las cursa en la Universidad Central, con Flores de Lemus precisamente. Se ha hecho jurista y, por cierto, va a ser un fino jurista. Es cosa que se observa en muchas de sus obras.

Pero, además, ha de profundizar en el mundo de la Economía. Ahí se convierte en uno de los que cambian la orientación fundamental que tenía la escuela de Flores de Lemus. Porque Flores de Lemus era un neohistoricista. Los neohistoricistas habían combatido con el mundo de la escuela austriaca en esa confrontación tremenda llamada la *batalla del método*. Por supuesto que comparto sobre esta contienda lo que se contiene en el apartado c (“El Methodenstreit”), del análisis del historicismo que se hace en el capítulo 4 (“La Sozialpolitik y el método histórico”) de la parte IV de la *Historia del análisis económico* de Schumpeter y que deriva, claro es, del capítulo IV de la obra de este gran economista, *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte*, que fue trabajado en su versión inglesa *Economic Doctrine and Method. An historical sketch* (George Allen & Unwin, 1954). Aunque ahora todo esté superado, el choque fue muy duro. Ese enfrentamiento entre uno de los descubridores del marginalismo, Menger, en Viena, y el neohistoricista Schmoller, en Berlín, fue radical, porque la discrepancia se encontraba en el método científico a seguir: ¿el inductivo o el deductivo? El mundo del marginalismo venía por una parte y el mundo del neohistoricismo por otra. Flores de Lemus había estudiado con Bortkiewicz quien le había enseñado las ventajas del marginalismo y, evidentemente, el interés por Marx. Por todo eso admiraba a Alfredo Marshall, pero los discípulos primeros de Flores de Lemus –recordemos, por ejemplo, a Carandé– eran neohistoricistas, y seguían siendo neohistoricistas cuando llegó a esa Escuela Valentín Andrés Álvarez. De pronto se produjo un revulsivo con los nuevos que se incorporaban, con los Rodríguez Mata y los Valentín Andrés Álvarez muy en vanguardia. Después vendrán los Castañeda, los Naharro, en la misma dirección marginalista, deductiva.

Valentín Andrés Álvarez desarrolla allí, por ejemplo, perfectamente las cuestiones de la elasticidad marshalliana y además hace incluso ampliaciones matemáticas. Él había estudiado por su cuenta a Pareto y a Walras, y se atreve a señalar que el equilibrio general, matemáticamente, no estaba rigurosamente formulado.

Flores de Lemus se rindió ante él, y en una confidencia (a veces hay que recoger confidencias de este tipo) Valentín Andrés Álvarez me dijo: “Flores de Lemus siempre alardeó de que sabía muchas matemáticas. Bueno sabía regular, regular”, porque, claro es, el que sabía matemáticas en el grupo era él. Apreciaba a Flores de Lemus por otros motivos, pero no precisamente por sus conocimientos matemáticos.

Vuelvo a señalar que los Castañeda, los Valentín Andrés Álvarez o los Rodríguez Mata cambiaron la mentalidad del grupo de Flores de Lemus de modo tal que, por ejemplo, Flores de Lemus intentó que Castañeda

estudiase el teorema de la tela de araña. Por cierto, incitó a que viniese a Cangas de Narcea, para que la base empírica fuese la del mercado semanal del ganado de cerda en esa localidad. Castañeda no se enteró bien de lo que latía detrás, quizás porque no se lo explicó bien Flores de Lemus, esto lo he comentado yo recientemente (Velarde, 2000) y, como cree que es algo en la línea neohistoricista, lo deja a un lado y se va a estudiar la demanda de tabaco. En aquel momento del inicio del planteamiento mundial del teorema de la tela de araña, el mensaje para que Castañeda viniese a Cangas de Narcea era el oportuno. Castañeda, al abandonarlo, perdió una ocasión de convertirse en cita perpetua en el mundo de la teoría económica. Flores de Lemus era así, a veces despectivo, que aclaraba poco las cosas, y si se me apura, atravesado. Pero el suyo era un grupo interesantísimo desde el punto de vista científico. Y ese grupo y esa situación de Flores de Lemus sufren el gran cataclismo de nuestra Guerra Civil. Hay que señalar siempre que uno de los problemas mayores que tuvo nuestra Guerra Civil es su proyección sobre el mundo intelectual. A Flores de Lemus le expulsaron de la cátedra, primero en la *Gaceta de la República* y después en el *Boletín Oficial del Estado*. Esta es una señal de lo terrible de una contienda civil. Cuando Flores retorna a Madrid del exilio en Francia lo visita poquísima gente, aunque era una persona que había tenido discípulos que eran personalidades importantes de la nueva situación. Le quedan tres personas que van asiduamente a su casa. Una de ellas va a ser un discípulo joven, José María Naharro; además otro, también joven, que en aquel momento busca materiales para su tesis doctoral y ayuda a Flores de Lemus, José Antonio Piera; el tercero es Valentín Andrés Álvarez, al que nunca se le pudo reprochar que no hubiese dado la cara por su maestro. No sucedía lo mismo con algún discípulo, que mucho ponderaría después que lo era, y que había, incluso, tenido altos puestos en el nuevo régimen político. Valentín Andrés Álvarez tuvo siempre esta valentía. Me contaba Martín Villa que cuando él era jefe del SEU, en una reunión en el Rectorado de la Universidad de Madrid, el catedrático asturiano de Economía, preguntó: "¿Por qué Gaos, por haber sido el rector en la Guerra Civil, no tiene ahí puesto el título de magnífico y excelentísimo señor rector en su retrato y los demás lo tienen?". Toda la concurrencia se calló, excepto Valentín Andrés Álvarez, quien continuó diciendo que era urgente que se pusiese y que hasta que ello no se hiciese, fueron sus palabras, "no volveré a sentarme en esta sala porque, efectivamente, no me había fijado que no se le pone el rango debido a Gaos". Y he de destacar que Valentín Andrés Álvarez fue muy valiente también por el hecho de que esas visitas que he referido a Flores de Lemus las continuó mientras preparaba la cátedra de Economía Política de la Universidad de Oviedo, que va a ganar en el año de 1942, y todo esto, repito, debe destacarse, pues en aquellos momentos discípulos amados, que luego fueron llorando en el momento del entierro, no iban a esa casa por si eso perjudicaba sus promociones, sus cátedras, sus posibilidades futuras.

Al año siguiente de morirse Flores de Lemus, Valentín Andrés Álvarez entra en un grupo muy especial: el de los economistas del Instituto de Estudios Políticos, que va a tener mucha importancia porque agrupa a los discípulos de Flores de Lemus que no se habían exiliado. Señalo esto por-

que entre estos discípulos de Flores de Lemus existen los que se exilian y los que entran en el Instituto de Estudios Políticos, dentro de una extraña alianza entre liberales y falangistas que me explicó García Valdecasas, el primer director del Instituto de Estudios Políticos. Afectó, por cierto, a otro gran universitario asturiano, en el aspecto jurídico de este Instituto. Me refiero a Rodrigo Uría. Como consecuencia de ese vínculo especial y de ese ámbito de libertad que se va a abrir para ellos en el Instituto y allí –esta historia es una historia larga– con Carande primero, luego con Vergara dirigiéndolo y desde luego con los Castañeda, los Aunós, los Ullastres, los Naharro, los Piera, se va a constituir una espléndida Sección de Economía, que va a pasar a tener muchísima importancia. En primer lugar, porque decide que, como se estaba en plena Guerra Mundial, ¿por qué no traer a España, con ese atractivo del que viene a una situación pacífica, a un gran economista inglés, o alemán, para que se refugie aquí mientras dure la contienda y al que se iba a ofrecer una aceptable pensión para que trabajase con nosotros?

Empiezan a discutir quién debe ser ese economista. Paredes, miembro de ese grupo, había llegado de trabajar con Stackelberg. Habla de él y esto va a enlazarse con que Valentín Andrés Álvarez había empezado a trabajar las aportaciones de la Escuela de Friburgo. Se trataba de una Escuela importante dentro del mundo de la Economía y de la Cultura que dirigía Eucken. Eucken odiaba al nacionalsocialismo pero tenía la condecoración prusiana de *Pour le Mérite*, lograda en la I Guerra Mundial, por su valentía en el frente. Hay que tener en cuenta que la *Pour le Mérite* era en Alemania lo que la Laureada en España, y el Partido Nacional Socialista era, en principio, un partido de excombatientes. ¿Podrían perseguir de manera sañuda a alguien que tuviese esa altísima condecoración? Era impensable. Y así fue que, como consecuencia de eso, llega Eucken hasta a fulminar a Heidegger, gran filósofo, proclive al nacionalsocialismo, del rectorado de la Universidad “negra”, esto es, católica, de Friburgo. Eucken fue un gran combatiente frente a Hitler y, alrededor de él, va a estar el grupo de economistas que está detrás de quienes pretendieron, con Rommel, dar un golpe de Estado con el fin de sacar a Alemania de la guerra porque, pensaban, “este loco de Hitler va a hundir a nuestra patria definitivamente”. Dentro de este grupo estaba un excombatiente que llegaba bastante enfermo del Cáucaso. Era un economista que había negado siempre cualquier acercamiento al neohistoricismo y que estaba dentro del mundo de los neomarginalistas. Se trataba de Stackelberg.

Stackelberg había dado clase a Paredes en la Universidad de Colonia y éste hablaba maravillas de él. Stackelberg era una de las personas que entonces preparaba el mencionado programa económico para el post-nacionalsocialismo. Ahora ya está todo esto perfectamente documentado. Cuando llaman a Stackelberg desde España, deja sus aportaciones para la futura política económica en poder de von Beckerath. Los conjurados consideran que es bueno que se venga a España. Llegó así, Stackelberg, con la familia. Gracias al testimonio de su hija, se han publicado recientemente unas cosas muy interesantes sobre él (Senn, 1996). Inmediatamente se incorpora al Instituto de Estudios Políticos. Esto va a ser fundamental para el avance de la economía española y, de inmediato,

este profesor alemán queda deslumbrado con unas pocas personas. Una de ellas, a la que en sus libros, en sus trabajos, va a mencionar más asiduamente, es precisamente la de Valentín Andrés Álvarez. Le encanta la línea de trabajo que tiene y el que ya Valentín Andrés Álvarez hubiera comentado una obra reciente de Eucken en la *Revista de Estudios Políticos*, entre otras cosas porque Stackelberg era también amigo de Eucken. Por tanto hay una conexión inmediata entre el que ha descubierto a Eucken en España, y el que viene y trae noticias directas de él.

Por lo tanto, Valentín Andrés Álvarez, al pertenecer a las escuelas de Flores de Lemus y de Eucken, no va a ser hayekiano. No va a incorporarse a la escuela austriaca. El artículo famoso que multitud de gente ha citado muy mal y que publica en *Moneda y Crédito* sobre el libro de Hayek *Road to Serfdom, Camino hacia la servidumbre* –título que está muy mal traducido en la edición española, al traducirse como *Camino de Servidumbre*, un cambio intolerable de preposición–, es una crítica bastante dura de esta obra. Valentín Andrés Álvarez pertenece a la de Eucken y a su concepción de la economía de mercado. Se trata, en síntesis, de una economía de mercado con ciertas barreras como, por ejemplo, la del mercado del trabajo. De ninguna manera las transacciones en él pueden ser radicalmente libres, porque afectan a la dignidad humana. He encontrado en mi pequeño archivo, bastante desordenado, el artículo de Valentín Andrés Álvarez que llenó una plana entera del *Arriba* del 12 de febrero de 1956, titulado *Desarrollo económico y estructura social*, donde señala que “la gran industria occidental, creación de la iniciativa privada, se desarrolló y logró el pleno desarrollo gracias a una desarticulación progresiva de la estructura social señorial y tradicional, fundada en una gran desigualdad en la distribución de la riqueza y de la renta”. Se patentizaba bien este hecho comparándolo con el desarrollo temprano y rápido de la industria inglesa, y con el más tardío y lento de la francesa. Ahí, en esa mala distribución, se encuentra uno de los problemas básicos que, señala, “tendremos siempre que resolver”.

Estando Valentín Andrés Álvarez en el Instituto de Estudios Políticos se ha producido un cambio político importante. A Castiella, director de esa institución, lo han nombrado Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, quien le encarga que explique Teoría Económica en el primer curso de esta inicial carrera. Todo esto dentro de la creación de la Facultad que se hace en medio de unas polémicas tremendas, porque antes se había pretendido que ésta fuese bastante ajena a este grupo del Instituto de Estudios Políticos. Se origina una especie de revuelo político considerable y se logra, repito, que sea este Instituto el padrino fundamental de aquella Facultad. Luego Castiella, con espíritu muy generoso, acogerá a los Olariaga, a los Zumalacárregui, que estaban enfrente y que querían montar las cosas de una manera totalmente diferente.

Y ahí tenemos a Valentín Andrés Álvarez en la Facultad. Desde el primer curso va a señalar las cuestiones fundamentales del análisis económico, bajo un punto de vista pedagógico, por cierto, muy bueno. Por una parte ofrece al día las investigaciones de microeconomía, pero, por otra, expone datos estadísticos que se refieren a realidades que ahora llamaríamos macroeconómicas; aclarará muy bien cómo se conecta el análisis

teórico y la información empírica. En esto sí que sigue la tradición encabezada por Menger, el fundador de la Escuela austriaca. En relación con esto de la microeconomía y la macroeconomía siempre explicaba Valentín Andrés Álvarez, en el primer curso, el problema de la paradoja de lord Lauderdale. Éste no había sabido resolver algo muy importante: si unos campesinos tenían unas fuentes, porque la estructura geológica era la adecuada, el agua manaba en sus fincas y por lo tanto como había abundante agua, microeconómicamente aquello valía cero y por eso el valor del agua era cero. Más adelante se producía una conmoción geológica, se cortaba el agua, existía muy poca agua en todos los lados. El valor del agua subía mucho. Entonces, ¿ese conjunto de campesinos se enriquecía como consecuencia de que el agua que todavía lograban captar valía mucho por aquella situación geológica que, realmente, los empobrecía porque había poca agua? O anteriormente, cuando el agua valía cero ¿es que era verdad que eran pobres? Lo microeconómico, el valor del agua de cada uno y lo macroeconómico el valor del agua en el conjunto ¿cómo se podían coordinar de alguna manera? Valentín Andrés Álvarez señalaba que al resolver la paradoja de Lauderdale, se solucionaba el problema de encajar la macroeconomía de un lado, porque plantea los problemas de una manera, y la microeconomía de otro, porque plantea los problemas de otra forma.

Existen de todo eso apuntes taquigráficos que, yo creo, cualquier grupo de investigación que se constituya sobre Valentín Andrés Álvarez, –¿por qué no en la Universidad de Oviedo?– debería reeditar. En ellos señala también, porque además pasará más adelante a explicar Historia de las doctrinas económicas, que existió un gran progreso en la macroeconomía gracias a los fisiócratas y al famoso *tableau économique* de Quesnay. Por otra parte, las grandes conexiones y movimientos de la microeconomía estaban basados, con las salvedades científicas señaladas, en el equilibrio general walrasiano. ¿Cómo se podía conectar lo de Quesnay y los grandes movimientos macroeconómicos con lo microeconómico de Walras? Y emprende esa tarea.

Yo soy testigo del momento del gran cambio de su trabajo y, de alguna manera, de la culminación de esa investigación. Yo era becario del Instituto de Estudios Políticos cuando se reunió a toda la gente de la Sección de Economía, desde los grandes maestros como era Valentín Andrés Álvarez, hasta los que éramos unos humildísimos becarios que estábamos allí acudiendo a cursos y escribiendo alguna notita en alguna revista sobre algún libro. Nos convocó el director entonces del Instituto, Francisco Javier Conde. Evidentemente, a los becarios era para enseñarnos lo que estaban haciendo los grandes maestros de la Sección de Economía. Hubo un momento en que le dice: “Valentín, ¿cómo llevas tu investigación de lo de Quesnay y Walras y todo eso?” y éste le replicó: “Mira, lo he dejado, porque resulta que hay un tipo con un nombre ruso muy raro que en el *Quarterly Journal of Economics* resuelve eso perfectamente con una cosa que se llama input-output”. Y como eso estaba resuelto, agregé: “Yo lo que voy a hacer es lo mismo que esa persona, aplicándolo a la economía norteamericana, ha hecho. Tras convocar a un grupo de gente de mi cátedra para que trabajen conmigo, lo plantearé para España”. Eso fue la base de la tabla input-output de 1954.

Estamos aún intentando saber, y estas cuestiones son importantes desde un punto de vista histórico, si hubo orientaciones de la política económica española con raíz en Valentín Andrés Álvarez. No es que yo trate ahora de indicar que Valentín Andrés Álvarez fue fundamental. No; sencillamente he de señalar que fue quien adivinó que por ahí había que hacer las cosas y que ese estudio macroeconómico había que concluirlo y que tenía enlaces de otro tipo y, por lo tanto, que el estudio de la microeconomía también era necesario, y que el de la macroeconomía resultaba fundamental, como así fue, para la política económica. Porque, yo me pregunto, ¿hubiesen podido desarrollarse adecuadamente, ya el Plan de Estabilización de 1959, ya el Acuerdo Preferencial Ullastres de 1970, sin aquella tabla *input-output* o de *metisaca*, como decía Valentín Andrés Álvarez que era su traducción correcta, de 1954, inicial de la serie y de su derivada inmediata, la Contabilidad Nacional?

Por otra parte él pasó a estudiar a fondo el comercio exterior de España, y de ahí surge una derivación, que no es solo la de la crítica del proteccionismo. Se fundaba en que las cifras de las importaciones eran demasiado altas aparentemente y Valentín Andrés Álvarez las coloca en su auténtica realidad, porque aquello se hacía como consecuencia de unas prácticas proteccionistas derivadas de Cambó y sus funcionarios que se habían enquistado en el conjunto de la Administración de Aduanas. Como consecuencia de esa crítica básica fundada en el mundo del comercio internacional y en sus conocimientos científicos, era necesario abrir la economía española a la competencia global. En esa apertura de la economía española, ¿quiénes eran nuestros potenciales clientes? ¿Quiénes eran los que nos habían comprado hasta entonces de manera importante? ¿Eran acaso americanos, asiáticos, africanos o japoneses? No, no, eran europeos. Europa pasa a ser esencial para el desarrollo de la economía española. Y ésta es otra de las características y de los combates que va a tener Valentín Andrés Álvarez, unido a asociaciones y vinculaciones con Europa para progresar hacia el Mercado Común y hacerlo de acuerdo además con sus íntimas convicciones políticas, con sus planteamientos sociales fundamentales, y esto para que, sencillamente, el progreso iniciado en 1959 se pudiera consolidar. Recuerdo que Ullastres me dio la razón sobre este punto de vista mío.

La raíz del citado Plan de Estabilización de 1959 es de Perpiñá, y el avanzar a partir de él ha sido posible con estos respaldos que en buena parte debemos a Valentín Andrés Álvarez. Él había sido uno de esos hombres que estaban mirando con anticipación, como estoy tratando de demostrar. Por eso, cuando se va a despedir, por jubilación, de la Facultad (era el año en el que le correspondía a ésta inaugurar el curso en la Universidad Complutense) solicitaron a Valentín Andrés Álvarez que hiciese ese discurso de inauguración. Leámoslo ahora y nos encontraremos con que era ya un discurso medioambientalista. Piénsense cuándo había nacido Valentín Andrés Álvarez (1891) y piénsese cuándo tenía setenta años. Pues en aquel momento, en 1961, contémplese este discurso, que está impreso, y nos encontramos con que deja pequeños a muchos de esos absurdos ecologistas que andan por ahí. Él de pronto plantea que hay otra cuestión fundamental que la Economía tiene que

desarrollar en adelante, porque existe un serio problema relacionado con el medio ambiente, y lo hace con seriedad suma.

Por otra parte, tiene una postura vital –yo eso lo viví en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas muchas veces–, que es la del equilibrio. Era un hombre extraordinariamente equilibrado. Por eso admiraba a Jovellanos. Ese equilibrio de Jovellanos, él lo dice en la introducción que escribe al informe de la Ley Agraria, mostrándolo en esa admiración que tenía por *El delincuente honrado*, la obra de Jovellanos que pasa en la Granja de San Ildefonso, porque una persona ¿puede ser delincuente y puede ser simultáneamente honrada? Pues puede serlo, igual que la maravilla de Avilés, que, sostenía, procede de que no tiene río, ni tiene mar, porque tiene ría. Así pues, en estos juegos que hacía siempre Valentín Andrés Álvarez, nos encontramos con que se puede ser delincuente, porque se ha retado a duelo y eso lo prohibía la Ley, pero se es honrado, porque, si no lo hacía, de otra manera perdía el honor. Esa situación pasa a mantenerla de una manera continua y perfecta y por eso fue facilísimo el ser discípulo de Valentín Andrés Álvarez. Todos los que hemos trabajado con él lo recordamos con un afecto extraordinario porque era el equilibrado, el que no se ponía dramático nunca, el que nunca pegaba gritos y lo admiré también por eso, mostrando cómo la excepción confirma la regla. De una manera suave acababa haciendo un conjunto de advertencias decisivas. Me dijo a mí, cuando yo me presenté con un plan de tesis doctoral, para estudiar el pensamiento económico español de los economistas de toda una época: “¡Coge uno, hijo, coge uno y gracias! Y con que cojas uno y prepares un trozo de ese uno, pues ya tendrás una tesis doctoral valiosa”. Esa fue la base de mi *Flores de Lemus ante la economía española*. Era un hombre serio y equilibrado. Sólo lo vi feroz un día. No mencionaré a la persona con la que se puso iracundo. Acababa de morir su gran amigo Manuel de Torres y, al lado del féretro, un discípulo del fallecido dice: “Bueno, espero que me tendrán en cuenta ahora para sucederle en la cátedra de Madrid”. Los gritos de Valentín Andrés Álvarez los oí por primera vez. Era un hombre que cuándo era necesario sabía gritar. Aquella persona quedó pospuesta definitivamente de aquella opción para suceder a Manuel de Torres en la cátedra de Madrid, quizás porque, gracias a la ira de Valentín Andrés Álvarez, a todos pareció aquella actitud algo realmente intolerable.

Yo creo que él se definió asimismo en una poesía suya donde dice: “Sin ambición alguna,/ rebosante de azul, desprecio al oro/ y lo mismo que al mar,/ me atrae la luna”. Así era D. Valentín Andrés y, quizá por eso, así su mensaje es permanente. Cuando se publicó por primera vez un volumen de parte de sus obras por la Caja de Ahorros de Asturias, yo escribí una nota en el *Ya*, el 28 de febrero de 1980. La titulaba *Valentín Andrés Álvarez ¿se despide?* Mi tesis en ese artículo era que no se despedía con esta obra, ni mucho menos. Y ahora, treinta años después ocurre lo mismo. Valentín Andrés Álvarez nos ha enseñado tanto que hoy, una persona, todo brillante economista, como es cualquiera de los que componen el claustro de la Facultad de Economía de la Universidad de Oviedo, ha de proclamar su filiación, aunque no hubiese sido discípulo directo, respecto a Valentín Andrés Álvarez ¿Indica esto que Valentín Andrés Álvarez se despide? De ninguna manera. Y eso es lo que pretendí dejar claro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Echegaray, J. (1917): *Recuerdos*, Ruiz Hermanos, Madrid.
- Sánchez Hormigo, A. (1991): *Valentín Andrés Álvarez, un economista del 27*, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, Zaragoza.
- Senn, P. R. (1996): "A short sketch of Stackelberg's career", *Journal of Economic Studies*, vol. 23, n° 5-6, pp. 9-14.
- Velarde Fuertes, J. (1980): *Las aportaciones económicas de Valentín Andrés Álvarez*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo.
- Velarde Fuertes, J. (2000): "Los cerdos y la economía", *Cuadernos de Agricultura, Pesca y Alimentación*, n° 13, pp. 3-4.

